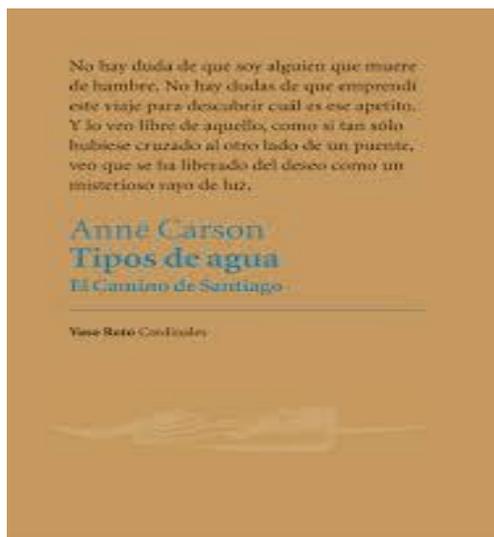


Algunas notas sobre *Tipos de agua* de Anne Carson

Francisco Salaris Banegas*
Universidad Nacional de Córdoba
franciscosalaris@gmail.com

Una peregrina recorre el famoso Camino de Santiago y toma notas en los lugares que visita, desde St. Jean Pied de Port hasta Finisterre, pasando incluso Santiago de Compostela. La metáfora del camino como la vida se revivifica en una aventura en la que el lenguaje es la llama que posibilita la peregrinación y mantiene viva el ansia del caminante. “¿Cuál es el miedo dentro del lenguaje? Ningún accidente del cuerpo puede hacer que deje de arder.” (Carson, 2018: 26). Miedo, hambre, ira: esos son los condimentos del camino.



Tipos de agua. El Camino de Santiago es uno de los cinco libros de la canadiense Anne Carson, que la editorial española Vaso roto ha publicado en cuidadas y, en algunos casos, curiosas ediciones. A esos libritos pequeños y elegantes se les suman otras traducciones españolas -como *Hombres en sus horas libres* o la *Autobiografía de rojo*, editadas por Pre-Textos- y algunas argentinas publicadas en

editoriales más chicas -como *Charlas breves* o *La caída de Roma*, en Zindo & Gafuri, y *Red Doc-*, en Bajo la luna. El premio Princesa de Asturias de las Letras 2020, que despertó infinidad de notas y comentarios críticos, encontró a Carson muy bien editada en los países hispanoparlantes. En su versión original en inglés, *Tipos de agua (Kinds of water)* no es un libro en sí mismo, sino un capítulo de la tercera parte de *Plainwater. Essays and Poetry*, titulada “*The Anthropology of water*”. Y lleva, además, una introducción (“*Thirst: Introduction to Kinds of water*”) que la traductora Sara Cantú Pérez de Salazar ha decidido inexplicablemente no incorporar. Allí Carson recuerda una parábola de Kafka sobre una persona que no sabía nadar y de repente se vio convertido en nadador olímpico. Habla de la demencia senil de su padre y cuenta los preparativos para su viaje a Compostela, envuelto en un afán místico y religioso vinculado con la posibilidad de la escritura. El prólogo es revelador para el texto porque plantea la dificultad de formular las preguntas más simples, aquellas que nos solucionarían la vida: “Me gusta la gente en las parábolas de Kafka. No saben cómo hacer la más simple pregunta” (“*I like the people in Kafka’s parables. They do not know how to ask the simplest question*”). *Tipos de agua* está colmado de preguntas que develan la dificultad de plantearlas y que suelen encontrar una respuesta elíptica en máximas que describen a los peregrinos. Los breves textos, encabezados por el lugar y la fecha, suelen acabar con estas máximas:

Los peregrinos eran personas en el exilio científico. (p.14)

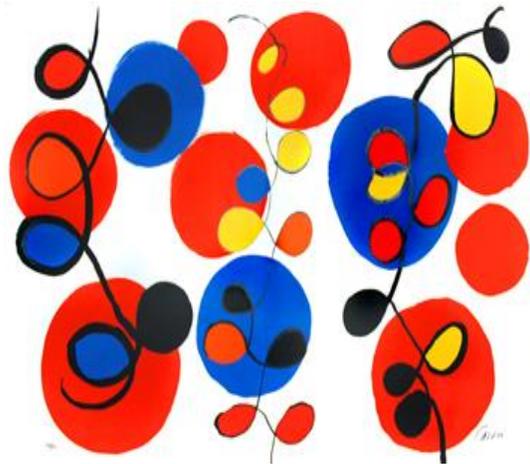
¿En qué se parece un peregrino a un herrero? Él dobla el hierro. El amor lo doblega a él. (p.88).

¿Cuál es la vida de un peregrino después de que deja el camino? Existe una antigua tradición: la vida después de la muerte de un peregrino es una pena de tres maneras. Nunca más tendrá hambre. Comerá y comerá y no probará nada. Nunca más será libre de nuevo, de acuerdo con los términos de la libertad que encuentra mientras está atado al camino. Nunca más se enojará, con ese tipo de ira que abraza a dos animales atrapados en la meseta. (pp.63- 64).

El hambre y la sed guían al peregrino. La sed tiene su contracara en los tipos de agua que aparecen bajo diferentes formas en cada entrada del diario. Y bajo el influjo del hambre, las piedras que bordean el camino se parecen a panes: son duras, como el mendrugo que conforta al peregrino, al que vive con lo que no tiene. Pero no sacian el hambre porque están allí solo de forma intransitiva, para marcar el camino y una predisposición para recorrerlo. El hambre, al existir en tanto no es satisfecho, es una dirección. “Los trozos de pan que se encuentran a lo largo del camino de los peregrinos tienen el color y la forma de los panes redondos de León, muchos exhiben mordiscos. Eran personas hambrientas quienes construyeron este camino” (p.45). Las piedras evocan a su vez el hambre de otros peregrinos, por lo que el camino es también hacia el pasado y hacia el futuro.

La ira que induce a marchar se concentra fundamentalmente en la figura de un hombre que acompaña a la peregrina, a quien ella llama “Mi Cid”. Las peleas sobrevuelan un amor no declarado

y engendran un devenir caprichoso: el Camino es también el camino de la pasión, siempre ambivalente. No en vano Carson es también la autora de *Albertine. Rutina de ejercicios* (Vaso roto, 2016), un maravilloso conjunto de ¿reflexiones? (la clasificación genérica de las obras de Carson suele requerir los signos de interrogación) sobre la famosa amada de *À la recherche du temps perdu*. La ira y el amor se entrecruzan en el símbolo de la llama, que define tanto al lenguaje como al caminante: “Los peregrinos eran personas que con gusto se quitaban la ropa, que estaba en llamas” (p.47). Y es que entre el peregrino y el camino hay “una historia de amor casi perfecta” (p.47), de perfecto entendimiento, porque el amor al camino, al igual que el amor a Dios, según Rilke, también es una dirección, un perpetuo caminar que no espera retribuciones.



La llama que hace palpar los cuerpos se opone al agua, evocada con insistencia en el libro. “Tipos de agua nos ahogan”, ese es el motivo que recorre las pequeñas entradas y les da una música particular, funesta. La imagen que domina el primer texto es la de un perro ahogado, que flota en el río Nive: “Mientras miro hacia abajo, advierto una forma oscura en la orilla de las cascadas revolcándose de un lado a otro con la fuerza de la corriente. Parece ser un

perro ahogado. *Es un perro ahogado*” (p.7). Si el fuego es el camino y está en el centro del caminante, el agua es el elemento conspirador, su fuerza destructora es quien realmente quema: “Tipos de agua queman los negativos de manera irremediable (las impresiones se ven quemadas” (p.67). También licúa las voces y las imágenes, que llegan como de tiempos remotos, apenas reconocibles: “los sueños distorsionan el sonido pues tienen que atravesar muchas aguas” (p.87). (En Ponge también esta oposición es clara: las llamas del fuego marcan diferentes direcciones y el agua en cambio se caracteriza por su peso y por su poder de erosión. El movimiento en el agua existe, pero no es limpio y deja manchas en los dedos).

Ni el agua ni el fuego marcan en sí una forma estable y permanente, pero la rabia –las llamas– en el interior de las cosas señalan un contorno y potencian un volumen: lo encienden y lo aíslan de su contexto. Así, cada cosa incendiada se percibe más rápidamente y puede insertarse en un *continuum* con sentido, como las palabras en el lenguaje. Esto anota la caminante en Palas del Rey, el 21 de julio:

Escalando y explorando las depresiones de Galicia a través de una densa niebla. Las formas de la vida se ciernen sobre nosotros y se vuelven grotescas. La niebla inventa la imaginación. No nos gusta estar rodeados de lo grotesco sin sentido, somos animales que asumimos la responsabilidad de encontrar forma en lo deforme (p.83).

El lenguaje como la responsabilidad humana de ordenar lo desordenado, aún en una retórica elusiva, compuesta de imágenes de muchos significados. Pero todo encuentra su contorno en la palabra: “los hechos se forman a sí mismos de una

u otra forma cuando los buscamos en fotografías o relatos históricos” (p.85). Es decir que *Tipos de agua* sigue un camino, pero también lo delinea, lo reconstruye para futuros peregrinos que avancen con el texto o con sus imágenes.

Algunas de estas imágenes tienen una fuerza reveladora, que detiene la lectura con la potencia de un dolor: “Como el clavo que se separa de la carne, desperté y estaba sola” (p.29), “El amor es el misterio dentro de este caminar. Corre delante de nosotros en el camino como un perro, fuera de la fotografía” (p.32). El amor, como aquello que queda fuera del registro, pero que indica una dirección; el amor como un perro, ¿como el que aparece ahogado en el primer texto? En muchas de sus anotaciones la peregrina se refiere a fotografías que deberían acompañar el libro. Son un apoyo tan íntimo que no pueden verse, pero proporcionan la certidumbre de una forma, de un lenguaje que interconecta las cosas. Son también un objeto de estudio porque rescatan el movimiento justo, la revelación de un secreto: “Saquemos esas fotografías de nuevo, momentito. Aquí hay algo que merece ser estudiado, hay una sensación de emoción y peligro de la noche” (p.64). ¿Cuál es el valor de las fotografías, en Breton, en Sebald, en Hertmans? ¿Son un testimonio de lo dicho, un lenguaje alternativo, una emanación de la melancolía? En Carson, su ausencia deja al texto en una situación de precariedad, como si él también hubiera sobrevivido, con algunas partes menos, al efecto erosionador del agua. En este sentido, *Tipos de agua* es un fragmento rescatado, como los fragmentos de Safo que Carson tradujo en uno de sus últimos libros (*Si no, el invierno*, Vaso roto, 2020).

El lenguaje traza las figuras y construye hilos de sentidos entre las cosas, pero la caminante rechaza la novela como un género apto para el camino:

...soy una peregrina (no novelista) y la única historia que tengo que contar es el camino en sí. En cualquier caso, nadie puede escribir una novela sobre un camino, del mismo modo que no puedes escribir una novela sobre Dios, simplemente porque no puedes darle la vuelta (p.42).

Al peregrino le es inmanente la historia del camino, que solo puede contarse con un formato que reniegue de la conclusión. El pasaje citado es decisivo para entender el texto y sus ambiciones estéticas. Si la novela requiere dar vuelta su objeto -es decir, contemplarlo desde todas las aristas, de acuerdo al modelo tradicional de novela total-, entonces no puede hacerse cargo del camino -de Dios-, que no tiene reverso, solo una superficie que se extiende sin principio ni final. La idea de que el camino se hace al andar -no en vano el primer epígrafe del libro es de Machado- sobrevuela *Tipos de agua*, una peregrinación que concluye frente al mar, en Finisterre, cuando el siguiente paso imposible implicaría darle la vuelta al mundo. Por eso, aunque el camino acaba, siempre queda latiendo un *modo* de andarlo, que lo prolonga para siempre: el hambre y la rabia en los seres humanos.

Ahora, creo que es cierto decir del camino, y también de Dios, que no se mueve. Al mismo tiempo, está en todas partes. Tiene un lenguaje, pero no uno que yo conozca. Tiene una historia, pero yo estoy en ella. También lo estás tú (p.43).

Cada una de las entradas que conforman *Tipos de agua* -cuya extensión varía entre una y tres páginas- está introducida por un epígrafe del algún escritor japonés, a excepción del perteneciente a Antonio Machado. Esto envuelve al texto en una atmósfera de

misticismo espiritual, que ya había anticipado Carson en la introducción no incluida en la versión española. Algunos de los autores elegidos, de hecho, han sido importantes peregrinos -el caso emblemático es el de Matsuo Basho, que recorrió a pie enormes extensiones del Japón- o se han dedicado al estudio de temas espirituales -como Zeami Motokiyo, autor de tratados sobre el teatro Nō y sobre la cultura mística japonesa. Los epígrafes -tomados muchas veces de formas tradicionales de la poesía japonesa, como el haiku- proporcionan desde imágenes sensoriales hasta un dialogismo implícito del que el libro no está para nada exento.

En Finisterre, todo parece detenido, sumido en una pavorosa lentitud. Es como si el tiempo ya no existiera y se llevara consigo todo lo que implica movimiento: “Hay una luz cenicienta y temerosa que cae en el fin del mundo. Hace que las fotografías sean lentas. Pero puedes ver el lugar incinerado y la hora inmensa. Los ojos buscan la costa. No hay viento. No hay sombras” (p.101). El mundo es presente y se extiende en una superficie horizontal: “Un evento plano se propaga como olas sobre toda la extensión del agua hacia la línea del horizonte” (p.101). Ha llegado el fin de la tierra, pero no el fin del camino, que ya es una historia que nos abarca a todos. Las últimas palabras son un saludo antiguo que era común entre los peregrinos de Santiago: “E ultreja e sus eja Deus adiuva nos” (p.102). En español, algo así como “Vamos para allá, protégenos Dios”. Hoy en día, ha sido reemplazado por el famoso “¡Buen camino!”.

* Licenciado en Letras Modernas (UNC) y Doctorando en Letras (UNC). Profesor adscripto en las cátedras Literatura alemana

(FFyH, UNC), Literatura europea comparada (FFyH, UNC) y Literatura occidental contemporánea (FL, UNC). Autor de artículos en revistas nacionales e internacionales. Espacios de interés: literatura alemana y francesa, estética.

Referencias bibliográficas

Carson, A. (2018). *Tipos de agua. El Camino de Santiago*. Madrid: Vaso roto.